

Un Ejército Vencedor



“Si quieres la Paz, prepárate para la Guerra”

El Ejército de Ayer, de Hoy y de Siempre.

Resumen de su evolución histórica

Hablar del Ejército ecuatoriano, es hablar de la historia nacional.

Las raíces ancestrales, los indicios de organización estructural y la génesis de su presencia histórica en nuestra nacionalidad, se remontan inclusive a la época aborígen cuando los ejércitos indígenas en territorio que actualmente constituye el Ecuador soberano, enfrentaron y resistieron las invasiones incaicas de Túpac Yupanqui y luego de Huayna Cápac, como expresión de defensa del derecho al asentamiento en un espacio geográfico en el que pretendían satisfacer sus necesidades de vida y de supervivencia.

Justamente, para satisfacer aquellas imperiosas necesidades hicieron que la imaginación e iniciativa de las diferentes tribus diseminadas en territorios, muchas veces apetecidos por los más fuertes, inventaran sistemas de defensa, comunicación, logística, supervivencia e inclusive tácticas y estrategias rudimentarias para ser practicadas en sus intermitentes o prolongadas acciones bélicas.

La preparación para la guerra tomaba en cuenta sistemas de fortificación campal, mediante la construcción de los denominados pucaraes o fortalezas estratégicamente ubicados. Igualmente, involucraba la fabricación de armas ofensivas y defensivas, el acopio de abastecimientos, el incremento

de la producción agrícola, el acuartelamiento de decenas de miles de jóvenes, las coordinaciones horizontales con tribus amigas, la intensificación del espionaje y la práctica del sistema de comunicaciones a través de los chasquis y otros medios de señales visuales y auditivos.

Conforme transcurría el tiempo y la intervención en las guerras era más continua, adquirían experiencia de combate, pero poco cambiaba la concepción de guerrear: se pintaban el rostro para dar apariencia de ferocidad; entraban al combate en masa; trataban de eliminar a los jefes; guerreros armados de hondas, lanzas, porras, arcos y flechas, en medio de gritos aterradores, se jugaban la vida o el privilegio de seguir viviendo.

Es decir, desde épocas inmemoriales se ejercían ya la práctica universal de la conquista, y la imperiosa necesidad de la defensa.

La lucha empecinada durante la invasión de Huáscar al imperio de Atahualpa, hizo que el monarca quiteño con su ejército comandado por los generales Quisquis, Calicuchima y Rumiñahui, luego de protagonizar sangrientos combates y batallas en los escenarios históricos de Ambato, Mocha, Tomebamba, Cuxibamba, Cochahuaila, Bombóm, Yanamarca, Angoyacu, Tavaray, Cotabamba y Quipaipán, dejaron al rey Atahualpa de amo y señor del denominado Tahuantinsuyo.

Pero la estrella del monarca quiteño se apagó definitivamente cuando fue ejecutado

por los conquistadores españoles, después de la sorpresiva masacre en la plaza de Cajamarca. El general Rumiñahui con un ejército reestructurado, se puso al frente de la resistencia indígena, utilizando el astuto guerrero incipientes técnicas de guerra irregular y rudimentarias tácticas de “tierra arrasada”, con el propósito de destruir al enemigo. No obstante, fue capturado y luego ejecutado conjuntamente con otros líderes indígenas que lo acompañaron lealmente, situación que determinó el sojuzgamiento de la raza indígena.

Con la dominación española, se establece la colonia y comienza la implantación de la nueva cultura, costumbres, idioma y religión y se evidencia muy pronto el abuso y despotismo de las autoridades españolas. De la mezcla sanguínea de dos razas, aparece el mestizaje y la estructuración de un micro cosmos social heterogéneo, donde el indio, el negro y el mulato sufren maltratos e inhumanas humillaciones.

Milicias y Falanges

Durante la colonia, la monarquía española por su estado económico no podía sostener un poderoso ejército profesional, por lo que optó por organizar las milicias coloniales. Sus integrantes se acuartelaban mediante severas ordenanzas; se instruían periódicamente en las especialidades de infantería, artillería y dragones; a diferencia de los soldados profesionales recibían sueldo solo durante su entrenamiento o durante las acciones de armas en las que intervenían.

Este sistema fue imitado por los mestizos y criollos, especialmente quiteños, cuando organizaron temporalmente grupos armados, inclusive con cadena de mando

jerarquizado, para oponerse al cobro de las alcabalas y el estanco del aguardiente que pretendía imponer la omnímoda autoridad española.

Si la mente y el músculo forman una sociedad creadora e impulsora de grandes empresas, inspirados quizás en estas dos fuerzas prodigiosas, aparecieron en la Real Audiencia de Quito, tenaces y valientes precursores y audaces e impertérritos patriotas que perpetuaron en los campos de batalla, las ideas reivindicadoras de aquellos quijotescos heraldos de la libertad.

Un grupo de patriotas idealistas convergían a reuniones clandestinas en diferentes residencias quiteñas, con el propósito de preparar el golpe final.

En la madrugada del 10 de agosto, con coordinados movimientos y actividades, los patriotas controlan la situación, someten a las autoridades españolas, haciéndolas conocer que desde ese instante tomaba el control político y militar la Junta Soberana de Quito, respaldada por la Falange “Fernando VII”, comandada por el coronel Juan Salinas (fue ascendido a ese grado). A esta organización se le dio una estructuración ternaria, tomando como base tres batallones y su respectiva plana mayor. Inclusive en el “Plan de la defensa de Quito y sus provincias”, elaborado previamente por el coronel Salinas, se especificaban las características de los uniformes y las insignias que determinarían la jerarquía de los integrantes de la Falange “De paño grana sería el uniforme para los oficiales. De paño encarnado para la tropa. El uniforme será con vueltas y colorín blanco. Sombrero de ala, pequeño copón, en él irán las divisas de los grados, como también en la vuelta...” Según el historiador Neptalí Zúñiga (Montúfar primer Presidente de

América Revolucionaria), se organizaron los tres batallones “sobre el pie de ordenanza, y montada la primera compañía de granaderos, quedando reformadas las dos de infantería y el piquete de dragones actuales... El comandante de la Falange hará las propuestas de los oficiales; los nombrará la Junta, expedirá sus patentes y las dará gratis el secretario de Guerra”.

Por lo expuesto, se podría deducir que la Falange “Fernando VII” fue la primera organización con estructura netamente militar, constituida con el propósito de sostener la revolución, y a su jefe, el coronel Juan de Salinas, podría catalogárselo como el primer Comandante General del Ejército.

Además de esta unidad militar fueron organizados el denominado “Cuerpo de Cuchilleros” en San Roque; el “Cuerpo de Colegiales Voluntarios” conformado por jóvenes estudiantes; y un “Consejo de Vigilancia” que tenía la potestad de designar a los “capitanes de barrio”.

La revolución del 10 de agosto de 1809 provocó importantes proyecciones independentistas en el Virreinato de Nueva Granada, en la Capitanía General de Venezuela y en el Virreinato de Lima, cuyos habitantes, siguiendo el ejemplo de los patriotas de Quito, fortalecieron sus ímpetus revolucionarios y lucharon decididamente en procura de alcanzar la libertad de su pueblo.

Sangre de Héroes.

No obstante, la reacción de los españoles fue inmediata y contundente: expediciones militares provenientes de Lima, Nueva Granada, Guayaquil y Cuenca se aprestaron a sofocar la revolución quiteña. Un

ejército embrionario y bisoño se enfrentó a las tropas profesionales españolas siendo finalmente derrotado, porque según Pedro Fermín Cevallos (Resumen de la Historia del Ecuador) “el ejército de la Junta era un cuerpo de artesanos y labriegos que por primera vez ensayaban cargar y descargar un fusil o un cañón y manejar la lanza...” Finalmente, fue disuelta la Junta Soberana de Quito y las consecuencias retaliatorias se evidenciaron de inmediato: los protagonistas de la revolución quiteña fueron perseguidos, capturados y encarcelados en frías y pestilentes celdas. Entonces, la suerte de los prisioneros proyectaba una inminente tragedia, percepción que recoge Carlos de la Torre (La Revolución de Quito del 10 de agosto de 1809), cuando escribe: “Ruiz de Castilla y Arredondo ordenaron al capitán Fernando Basantes victimar a los patriotas recluidos en prisión, al menor indicio de insurrección pública.”

El 2 de agosto de 1810 las cárceles españolas se tiñeron con la sangre generosa de los patriotas quiteños, héroes paradigmáticos que señalaron con su sacrificio los escabrosos caminos de la libertad.

En aquel día un grupo de patriotas quiteños decidió asaltar los lugares de cautiverio de sus compañeros. Tres eran los cuarteles realistas que se encontraban ubicados en la ciudad: el “Real de Lima, “al mando del coronel Manuel Arredondo; el “Santa Fe” que alojaba al personal proveniente de Bogotá y Popayán, comandado por Gregorio Angulo, que se encontraba separado del anterior únicamente por una pared; y otro cuartel ubicado en la esquina del Carmen Bajo. Desafortunadamente el asalto de los patriotas no resultó exitoso; por el contrario, los presos fueron ultimados en los corredores o en las mismas celdas en que se encontraban prisioneros.

El período de 1810-1812 se caracterizó por la lucha persistente y decidida de los patriotas, desgraciadamente fraccionados en dos corrientes político-militares irreconciliables: los “montufaristas” (adeptos de Juan Pío Montúfar) y los “sanchistas” (partidarios de José Sánchez, Marqués de Villa Orellana).

El Ejército Patriota en Acción

Sin embargo del evidente antagonismo existente, los patriotas organizaron tropas que les permitieron iniciar operaciones hacia el sur. En noviembre de 1811 el coronel Carlos Montúfar partía hacia Guaranda para luego dirigirse a Cuenca, emplear su ejército en Paredones, hacer replegar a las tropas realistas, según Alfonso María Borrero (Cuenca en Pichincha), “hacia Cañar y luego hasta Caspicorral”. No obstante, problemas de diferente índole obligaron a Montúfar abandonar la campaña del Azuay.

Asimismo, en abril de 1812 partía de Quito el coronel Francisco Calderón al frente de otra expedición que debía operar en Cuenca. Nuevamente en Paredones tuvo lugar el primer encuentro entre las vanguardias de los ejércitos patriota y realista. El 24 de junio del mismo año se producía el combate denominado del primer Verdeloma (el siguiente se desarrolló el 20 de diciembre de 1820), con resultado favorable para las fuerzas del coronel Calderón. Sin embargo, las divergencias persistían entre los patriotas por lo que se disolvió la expedición de Cuenca. Una Junta denominada “Suprema Diputación de Guerra” reorganizó el ejército patriota confiando el mando inicialmente al Tcrn. Feliciano Checa el que fue derrotado en Mocha, replegándose hacia el norte. El siguiente descalabro sufrió el ejército patriota, al mando del

coronel Carlos Montúfar, en el combate del Panecillo y, finalmente, según Carlos de la Torre Reyes”, el 1 de diciembre de 1812, a orillas del lago Yaguarcocha, acabaron pronto de aniquilar a los restos del ejército quiteño”.

Después de la derrota, el coronel Francisco Calderón y otros caudillos patriotas fueron capturados y luego ultimados, mientras que el coronel Carlos Montúfar pudo escapar hacia el norte, para ser años después, el 31 de julio de 1816, fusilado en la ciudad de Buga.

La efervescencia independentista seguía vigente

Situación Militar de Guayaquil

Por constituir un puerto importante y por las constantes incursiones piráticas la ciudad, Guayaquil mantenía una fuerza militar en la que incluía unidades de milicias, como instrumento de disuasión y seguridad.

D’ Amecourt (pseudónimo de Camilo Destruge), en su obra “Historia de la Revolución de Octubre y Campaña Libertadora de 1820-1822”, nos narra al respecto: “En lo militar a Guayaquil le correspondía nada más que un batallón de seis compañías de milicias... Los cuerpos de milicias de Guayaquil fueron organizados en 1796. Al año siguiente se organizó el escuadrón de dragones de milicias y más tarde se formó el (escuadrón) Daule... A partir de 1800 se comenzó la formación del Cuerpo de Artillería de Guayaquil con solo reclutas que, una vez bastante instruidos, eran llevados a Lima, reemplazándolos

aquí por medio de levas que se hacían mediante el sistema de contribución de individuos, en número determinado, por cada corregimiento.”

Las unidades peninsulares que en 1820 se encontraban en Guayaquil, en versión del historiador y diplomático español Julio Albi (El ejército realista en América), eran las siguientes: “Batallón de Granaderos de la Reserva, unidad veterana enviada desde el Perú para asegurar la plaza; milicias de Infantería de Blancos; milicias de Infantería de Pardos; Escuadrón de Daule, también de milicias; 200 artilleros milicianos. Naturalmente, las unidades milicianas -continúa Julio Albi-, eran todas guayaquileñas. En cuanto al Batallón de Granaderos, estaba formado por gente indígena del Cuzco que apenas sí hablaba y entendía el español... En estas circunstancias nada tiene de extraño que la sublevación triunfase con toda facilidad.”

Alertadas por los acontecimientos del 10 de agosto, las autoridades peninsulares intensificaron la seguridad y el control de los ciudadanos guayaquileños, especialmente a los que creían potenciales simpatizantes de la revolución. Inclusive, el gobernador español dispuso la movilización de tropas hacia el interior de la audiencia con el propósito de someter por la fuerza a los patriotas quiteños.

Sin embargo, con el transcurso del tiempo, las previsiones, seguridad y control ejercidas por los españoles en Guayaquil fueron disminuyendo paulatinamente, a diferencia de lo que ocurría en importantes grupos de ciudadanos guayaquileños, que afianzaban su intención de proclamar la independencia.

La revolución triunfante

A mediados de 1820 hubo grupos de patriotas guayaquileños que planificaban la conspiración. Un hecho especial precipitó los acontecimientos: el mayor Miguel Letamendi y los capitanes Luis Urdaneta y León de Febres Cordero, oficiales venezolanos que pertenecían al batallón “Numancia” (bautizado después por Bolívar con el nombre de Voltígeros), llegaban a Guayaquil procedentes del Perú. El arribo inesperado de los tres oficiales fue provocado por la expulsión que de las filas del “Numancia” habían sufrido por demostrar inclinación a la causa independentista.

En la tarde del 8 de octubre los conspiradores se encontraban reunidos ultimando los detalles pertinentes. En el transcurso de la reunión tuvieron conocimiento de que había “Junta de guerra” en la casa del gobernador, para planificar las medidas represivas que fuesen del caso, en el supuesto de tener que sofocar la conspiración que se estaría tramando.

Al anoecer, el capitán de puerto Joaquín Villalva se embarcó en las lanchas que se encontraban acoderadas a la orilla y fue a situarse en La Puntilla.

Aproximadamente a las 10 de la noche, el coronel Gregorio Escobedo comunicaba a los patriotas que estaba todo listo para las 2 de la madrugada del 9 de octubre.

Efectivamente, a la hora establecida ya había asumido el coronel Escobedo el mando del batallón Granaderos; Febres Cordero, entre tanto, con una compañía de este batallón ingresó resueltamente en el Cuerpo de Artillería, sorprendió a los centinelas, igual al oficial de guardia al que encerró en una pieza, y dispuso la formación de la

unidad para arengarla y hacerle conocer del movimiento revolucionario. La tropa aclamó este acontecimiento y su respuesta fue un estentóreo grito de “Viva la Patria”.

El capitán Luis Urdaneta con 25 soldados y nueve voluntarios se dirigió a tomarse el escuadrón “Daule”, considerando que los sargentos Vargas y Pavón habían conseguido convencer a la guardia que dejase entrar a los conspiradores. Cuando Urdaneta y los suyos se encontraban ya en el interior de las instalaciones del cuartel, pretendió hacerles frente el comandante Joaquín Magallar, pero fue ultimado a tiros; igual suerte corrió un número de soldados que respaldó a su jefe. Una vez controlada la unidad, el jefe patriota ordenó que parte del personal que lo acompañaba en la empresa, fuese a tomar posesión de la batería “Cruces”, ubicada al sur de la ciudad.

En cuanto estuvo controlada la situación, los patriotas decidieron constituir de inmediato el gobierno que debía regir los destinos del pueblo.

Ese mismo día quedó definitivamente estructurada la Junta Superior de Gobierno: José Joaquín de Olmedo, presidente; teniente coronel Rafael Jimena, vocal encargado de los asuntos militares; Francisco María Roca, vocal de los asuntos político-militares y Francisco Marcos, secretario.

La División Protectora de Quito

Para la Junta de Gobierno el tiempo apremiaba. No podía permitir la reacción de las fuerzas españolas que podrían recuperar y retomar el control de Guayaquil si no actuaba de inmediato. Se requería por tanto, la organización de una fuerza militar

que neutralizase la probable reacción de los peninsulares y a esa labor direccionó sus esfuerzos la Junta de Gobierno.

De seguido se organizó una “Gran Unidad” con voluntarios y medios logísticos de la ciudad y la provincia de Guayaquil.

Fue creada entonces, la denominada “División Protectora de Quito”, cuya misión principal era iniciar operaciones militares hacia el interior de la Presidencia de Quito, con el propósito de liberar a su ciudad capital.

Fue organizada sobre la base de cinco batallones de Infantería (“Libertadores” No. 1, “Libertadores” No. 2, “Vengadores”, “Voluntarios de la Patria” y “Defensores”), un escuadrón de Caballería (Daule), y un “Cuerpo” de Artillería.

La división estaba constituida por ciudadanos que se acuartelaban voluntariamente; sin embargo, para asegurar el orgánico y otros factores que garanticen la vigencia oficial de la recientemente creada unidad, el Colegio Electoral reunido el 8 de noviembre de 1820, aprobó la “primera Carta Política”, dando instrucciones precisas a los aspectos relacionados con el campo militar. En el artículo 5to. se daba responsabilidades al gobierno en cuanto a “proveer todos los empleos civiles y militares... levantar tropas y dirigirlas donde convenga”. Otros artículos se relacionaban también con el aspecto militar: “El arreglo de las tropas, orden de ascensos, planes de defensa”. Se estatuyó igualmente la obligatoriedad del servicio militar desde los dieciséis años de edad, “cuando lo pida la seguridad y defensa del país.”

El armamento que utilizaban las unidades de infantería era el fusil de chispa y la



bayoneta, el cual era bastante vulnerable a la lluvia: cuando se mojaban los medios que provocaban la chispa, el arma no funcionaba. El tiempo en cargarla dependía del grado de entrenamiento del combatiente, si no lo hacía de forma rápida quedaba prácticamente como blanco inerte del adversario; por lo mismo, se priorizaba en la instrucción el conocimiento y manejo del arma. El uniforme utilizado era variable en colores y modelos; no todos calzaban zapatos con polainas o botines, un gran porcentaje usaba alpargatas; la dotación del equipo estaba distribuida de acuerdo con la jerarquía. El reclutamiento se lo hacía por medio del sistema del enganche. Permanecían en el cuartel durante seis años los infantes y ocho los de caballería y los dragones.

En lo relacionado con la eficacia del tiro, anota el Tcrn. Federico Giorgis, de la Misión Militar italiana, en su obra “Lecciones de Historia Militar” que el tiro de los fusileros “era muy eficaz hasta los cien metros, bueno hasta los doscientos. Más allá de esta distancia había que apuntar arriba del blanco, o servirse del pulgar como alza, lo que quitaba al tiro exactitud. Se disparaban por término medio, dos tiros cada minuto por soldados suficientemente instruidos.”

El sistema logístico del ejército patriota, de acuerdo con el Tcrn. Julio H. Muñoz (Doctrinas militares aplicadas en el Ecuador), “poseía los siguientes servicios de: subsistencias, transportes fluviales, transportes terrestres, de armas y municiones y sanitario. Se estableció un depósito de armas y municiones en Guayaquil. Las acémilas conducían, además del parque de las tropas en campaña, fusiles y cartuchos para los voluntarios que se incorporaban en el trayecto.”

Las ideas tácticas que pudo haber empleado el ejército patriota, habrían sido extraídas de las instrucciones que dió el Libertador al general Bermúdez en 1819: “Si no hay obstáculos invencibles en el campo de batalla, o si nosotros no ocupamos posiciones ventajosas, debemos observar constantemente al enemigo, desde muy lejos, para atacarlo en la misma formación en que venga marchando... Hará V.S. -continúa Simón Bolívar- que las primeras compañías sean de hombres selectos para ponerlos al frente, porque las tres primeras filas deciden la victoria... Un ala sobresaliente tiene mucho adelanto (ventaja) para flanquear al enemigo. Este no aleja jamás sus cuerpos avanzados (unidades). Si V.S. observa diligentemente a las tropas españolas, aconseja el Libertador, puede destruirlas sin lograr una batalla que puede ser ruinosa.”

Consolidación del ejército patriota y combates de la independencia.

Los cruentos combates y batallas en los que se disputaban palmo a palmo la victoria, fueron los escenarios titánicos en los que se evidenciaron el sacrificio, el valor y la hidalguía: Camino Real, Huachi, Verdeloma, Tanizagua, Yaguachi, nuevamente Huachi y Tapi fueron los prolegómenos históricos de la victoriosa batalla del Pichincha.

En el combate de Camino Real, desarrollado el 9 de noviembre de 1820, el ejército patriota comandado por los coroneles Luis Urdaneta y León de Febres Cordero, sorprendió a las fuerzas españolas que ocupaban

una posición defensiva en el sector de Camino Real. En esta acción de armas, el comandante español Antonio Forminaya, aprovechando de su posición dominante y rodeada de una topografía difícil, concentra su defensa para neutralizar y destruir el avance de los soldados patriotas por el centro, pero éstos establecen una fuerza de fijación frontal, y con el resto de la tropa desbordan las flancos e irrumpen por la retaguardia provocando la derrota de los españoles.

En aquel combate descolló ya la prosapia guerrera del subteniente Abdón Calderón, ascendido por mérito de guerra a su inmediato grado superior, por pedido expreso que hizo el coronel Urdaneta a la Junta de Gobierno de Guayaquil.

Pero los momentos de gloria para esa pléyade de patriotas fueron realmente efímeros: la llanura de Huachi se convertiría en tumba y mortaja de centenares de soldados que no verían nunca los lauros de la libertad por los que lucharon y murieron con honor. Las derrotas en Huachi, Verde Loma y el desastre evidente en Tanizagua pudieron haberse convertido en factores de desaliento y derrota, pero, como el Ave Fénix, el destrozado ejército patriota, surgió de las ruinas erigiendo y afianzando su peculiar fortaleza y espíritu de lucha.

El oportuno auxilio de tropas provenientes de Nueva Granada, comandadas por el general Antonio José de Sucre, constituyó para los patriotas el nutriente espiritual que amalgamó sentimientos de venganza y de revancha, y la expresiva decisión de continuar la lucha hasta alcanzar el triunfo final.

El sector de Yaguachi se convirtió en testigo del primer triunfo de Sucre en territorio de la Audiencia de Quito; el general venezolano comandaba ya en esa

ocasión a tropas colombianas provenientes del norte, en las que se incluía, el batallón “Albión”, integrado por elementos de la denominada “Legión Británica” que arribó en enero de 1817 a la Capitanía General de Venezuela. No obstante, el 12 de septiembre de 1821, otra vez en la llanura de Huachi, sufrió el ejército patriota otra catastrófica derrota.

Conociendo que la “División Auxiliar del Sur” comandada por el coronel Andrés de Santa Cruz e integrada por argentinos, peruanos, chilenos, altoperuanos (bolivianos), iniciaba la marcha hacia Cuenca, el general Sucre, utilizando la vía marítima, partía desde Guayaquil con su ejército medianamente reorganizado, hacia Puerto Bolívar y desde allí, en esforzada marcha, debía arribar al punto de convergencia y de reunión de las dos divisiones.

En la población de Yúlug, el 5 de febrero, fue creado el batallón Yaguachi con la fusión de los batallones “Tiradores” y “Voluntarios de la Patria”. El orgánico inicial, según Y Toro Ruiz (El Batallón Yaguachi en la independencia), fue de “310 hombres de tropa, aumentando a 357 después de la salida de Cuenca hacia el norte, de acuerdo con la revista que pasó en Alausí, con la dotación de un comandante (Crnl. Carlos Ortega), 2 sargentos mayores, 4 capitanes, 7 tenientes y 11 subtenientes”.

La ciudad de Cuenca esperaba enfervorizada al ejército patriota, constituyéndose en centro de reclutamiento de centenares de voluntarios cuencanos y de las poblaciones circunvecinas, además de satisfacer las necesidades logísticas de los patriotas.

Inclusive en esta ciudad recibía el gobernador de Cuenca, Coronel Tomás Heres, de



parte del general Sucre disposiciones explícitas referentes al ejército patriota: “Todos que vayan vestidos según los cuerpos a que correspondan, armados y con fornituras. Si es posible que se hagan alpargatas para que sufran menos en la marcha... Toda tropa de Colombia tiene chaqueta azul con vuelta y cuello encarnado; pantalón azul con franja amarilla. La tropa peruana: el batallón “Trujillo”, chaqueta azul con vuelta y cuello verde; el “Piura”, chaqueta azul con vuelta y cuello aurora; el Cazadores N° 1, chaqueta azul con vuelta verde y cuello aurora; Artillería, chaqueta azul con vuelta aurora y cuello verde; todos los cuerpos, pantalón azul con franja blanca”. (Alfonso María Borrero, “Cuenca en Pichincha”).

La ciudad de Riobamba fue testigo de otra acción de armas: el combate de las caballerías republicana y española en Tapi, con resultado favorable para los patriotas. En la continuación del avance, entusiastas voluntarios de Riobamba, Ambato, Latacunga y otras poblaciones de la sierra central se incorporaban al ejército de Sucre, ejército que luego de varios meses de sacrificada campaña, llegaba a su objetivo final: la ciudad de San Francisco de Quito, conocida justicieramente como la ciudad “Luz de América.”

A las puertas de la libertad

En el sector de Tiopullo, unidades españolas ocupaban posiciones defensivas.

La ruta empleada para eludir a la posición realista fue la siguiente: “Por el cañón del Alto Cutuchi; desviándose luego al N. E. para tomar la garganta de Limpiopungo, situada en las faldas noroccidentales del Cotopaxi y las orientales del Rumiñahui; descendiendo por el saliente que corre entre los ríos Pedregal y Pita; atraviesa este

río y después la escarpada abra de Guapal. Por fin, el 16 descendieron en el valle de los Chillos”. (Tern. Julio H. Muñoz, obra citada).

El 17 de mayo llegaban los patriotas a las cercanías de Sangolquí a la hacienda del coronel Vicente Aguirre, oficial que ofreció hombres guías para que los condujeran por caminos seguros.

El 20 de mayo el ejército republicano sobrepasa la loma de Puengasí; al día siguiente descendía al valle de Turubamba en donde pretendió empeñarse en combate, sin conseguirlo.

El 22 ocupaba la población de Chillogallo, estableciendo allí un área de vivac y el puesto de mando de su Estado Mayor. Sus informantes diseminados estratégicamente en el área, lo alertaron de una posible incursión nocturna, sin que ésta se produjera.

El 23, mientras el ejército patriota se encontraba en Chillogallo, las tropas del presidente Aymerich se concentraban en Puengasí, el Panecillo y en otras posiciones fuertemente organizadas.

A las nueve de la noche del 23 de mayo, dispuso el general Sucre la marcha nocturna empleando la ruta Chillogallo -Pucará faldas occidentales del Unguí -Chilibulo-La Chilena-San Juan-Ejido del Norte, con el propósito de ubicarse a la retaguardia del enemigo e impedir que las tropas de refuerzo provenientes de Pasto, se integrasen al ejército de Aymerich.

En las primeras horas de la mañana del 24 fue informado el presidente Aymerich que las fuerzas de Sucre habían abandonado Chillogallo y se encontraban dirigiéndose hacia el norte. Esta situación hizo que las

tropas realistas treparan apresuradamente por las laderas del Pichincha para esperar en posiciones ventajosas a su adversario, pues creían que éste había abandonado Chillogallo a la madrugada, por tanto demoraría en llegar hasta el lugar donde planificaban emboscarlo.

A las 9h30 aproximadamente, las dos fuerzas adversarias se trabaron en ardoroso y persistente combate, obteniéndose como resultado final el triunfo del ejército del general Sucre sobre las tropas españolas. Para evitar mayor derramamiento de sangre, el general Sucre optó por exigir la rendición de Aymerich, hecho que se efectuó al día siguiente.

Las unidades del ejército patriota del general Antonio José de Sucre que combatieron y triunfaron en Pichincha fueron, por la división colombiana: batallones de infantería Paya, Alto Magdalena, Albión y Yaguachi; escuadrón Dragones, escuadrón Lanceros. En la división auxiliar del Sur intervinieron: batallones “Piura y Trujillo”; regimiento Granaderos a Caballo y escuadrón Cazadores del Perú.

Nace a la inmortalidad el “Héroe Niño”

En un fragmento del parte de batalla elaborado por el general Sucre se lee: “Cuatrocientos cadáveres enemigos y doscientos nuestros, han regado el campo de batalla, además tenemos 190 heridos de los españoles y 140 de los nuestros. Entre los primeros contamos al teniente Molina y al subteniente Mendoza, y entre los segundos, a los tenientes Calderón y Ramírez y los subtenientes Borrero y Arango... Hago particular memoria de

la conducta del teniente Calderón, que habiendo recibido sucesivamente cuatro heridas no quiso retirarse del combate...”

Durante el transcurso de la campaña libertadora de Quito, el aún imberbe Abdón Calderón fue uno de los patriotas que más descollaría. Ya en el combate de “Camino Real” fue ascendido a teniente por su comportamiento heroico. Estuvo presente igualmente en otros combates de la sangrienta campaña. En la población de Yúlug, al crearse de la fusión de los batallones “Tiradores” y “Voluntarios de la Patria” el batallón Yaguachi, fue designado abanderado de esta unidad. Finalmente, en la batalla del Pichincha, comandando la tercera compañía del “Yaguachi”, se cubrió de honor y gloria pasando a la posteridad como símbolo paradigmático del heroísmo americano; no en vano dos genios de la libertad de nuestros pueblos reconocieron y admiraron el sacrificio del “Héroe Niño”.

Efectivamente, el general Sucre en el parte de guerra enviado al Libertador, en uno de los acápites consta: “Hago una particular memoria de la conducta del teniente Calderón, que habiendo recibido sucesivamente cuatro heridas no quiso retirarse del combate. Probablemente morirá, pero el Gobierno de la República sabrá compensar a su familia los servicios de este oficial heroico.”

Asimismo, el libertador Simón Bolívar dispuso que a la 3ra. compañía del Yaguachi no se le pusiera otro capitán; y que en las revistas de comisario, cuando fuese llamado por su nombre, toda la compañía respondiera: “murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones.”



Murió el capitán Abdón Calderón, de acuerdo con la partida de defunción en la casa de José Félix Valdivieso, el 7 de junio de 1822.

Luego de la victoriosa batalla, nació el tradicional batallón “Pichincha” de la fusión de los batallones Paya y Alto Magdalena, este último integrado, en significativo porcentaje, por soldados de Cuenca y de poblaciones aledañas.

El Ejército del Departamento del Sur, en el Portete de Tarqui.

Como los indicios de invasión del Perú al territorio de sus libertadores eran evidentes, el general Juan José Flores organizaba, entrenaba y equipaba unidades militares con personal de voluntarios del denominado Departamento del Sur de Colombia (actual Ecuador), particularmente con ciudadanos de la Costa. No obstante, el general venezolano no fue confirmado por el libertador Simón Bolívar para la conducción del ejército colombiano, porque había decidido confiar tan importante empresa al general Antonio José de Sucre: “Todos mis poderes buenos y malos los delego a usted. Haga usted la guerra, haga usted la paz; salve o pierda el Sur, usted es el árbitro de sus destinos”. Paradójicamente comenzó la invasión con el bloqueo de la escuadra naval peruana al golfo de Guayaquil, inclusive fue entregada la futura “perla del Pacífico” con la condición de que los invasores abandonen la ciudad si el ejército colombiano resultara vencedor en la contienda bélica que se aproximaba.

La entrega de Guayaquil a las autoridades peruanas se decidió porque Sucre dispuso al general Illinworth, que las unidades que defendían la ciudad se incorporasen

a las tropas patriotas que se encontraban en Cuenca, de acuerdo con la concepción estratégica de concentrar en el Azuay la mayor parte de su ejército porque “la pérdida de Guayaquil, si allí desembarca una fuerte división peruana, parecerá insignificante a cambio de destruir 4.000 peruanos que se han presentado en Loja”.

Antes de la batalla decisiva se dió un hecho que enaltece a nuestro ejército: en el sector de Saraguro una avanzada patriota compuesta por veinte soldados del batallón Yaguachi, y apoyados por dos compañías del “Caracas” y el “Cauca”, hicieron huir en la noche del 12 de febrero a dos batallones peruanos, acción relevante que mediante orden general del ejército colombiano, ocasionó que fuesen reconocidos con el sobrenombre de BRAVOS, “que lo escribirán también en su escarapela...”

En la madrugada del 27 de febrero de 1829, se produce el encuentro inicial de los dos ejércitos contendientes, aunque no con sus orgánicos completos porque en el caso de las fuerzas patriotas, la segunda División y la caballería se habían retrasado considerablemente.

Cuando estuvo seguro del triunfo, el general Sucre destacó una comisión de oficiales para ofrecer al presidente José Domingo Lamar una capitulación que “salvara sus reliquias”.

El 28 de febrero, los generales Juan José Flores y Daniel O’Leary por el ejército patriota y el mariscal Agustín Gamarra y general Luis de Orbegoso, por el Perú, suscribieron el denominado Tratado de Girón, que en 17 artículos consideraba la distensión del ambiente belicoso, la demarcación de límites, la liquidación

de la deuda del Perú a Colombia, la evacuación total de las tropas sureñas en el plazo de 20 días, entre otros asuntos importantes. No obstante, el presidente Lamar y los oficiales que dirigían la ocupación de Guayaquil se negaron a entregar la ciudad y a salir de territorio nacional, actitud reprochable que el ejército colombiano no podía aceptar, pues estaba decidido hacer cumplir las cláusulas del documento empleando, inclusive, el “poder de las armas”.

En definitiva, la “campana de los 30 días”, cuya culminación exitosa fue la batalla de Tarqui, representa la expresión emblemática de un ejército que tenía en sus filas un importante grupo de soldados nacidos en el territorio que actualmente constituye el Ecuador. Por esta y otras causas fue escogido el 27 de febrero como fecha consagrada a rendir homenaje y pleitesía al ejército ecuatoriano y ser, igualmente, considerado como el Día del Civismo.

Presencia institucional en la Época Republicana

El 5 de mayo de 1830, en siete artículos quedaba establecida la República del Ecuador, encargándose del Mando Supremo Civil y Militar el general Juan José Flores.

El 14 de agosto se reunía el Congreso que debía dictar la primera Constitución de la República, en uno de cuyos artículos hacía referencia a la institución militar:

Art. 51. “El destino de la fuerza armada es defender la independencia de la patria, sostener sus leyes y mantener el orden

público. Los individuos del ejército y armada están sujetos en sus juicios a sus peculiares ordenanzas”.

Se podría decir entonces, que la partida de nacimiento del ejército ecuatoriano como institución, integrante años más tarde de las Fuerzas Armadas, se produjo mediante mandato de la primera Constitución de la República.

Desafortunadamente, el Ecuador fue sometido a la denominada “dominación floreal” por casi quince años, período en el que los militares extranjeros, con el general Flores a la cabeza, se adueñaron arbitrariamente de los destinos del país. Esta situación anómala impidió que se impulsaran y desarrollaran programas importantes en beneficio del ejército nacional. Los generales extranjeros priorizaban más las campañas militares que ahogaban en sangre la voz de sus opositores, antes que la búsqueda de la superación profesional de la clase militar.

Cuando el ilustre guayaquileño Vicente Rocafuerte asumió la presidencia de la República, propugnó la existencia de un ejército libre de toda injerencia extranjera y convenientemente estructurado. Para afianzar su decisión, creaba el siete de abril de 1837, la conscripción en el ejército ecuatoriano y luego daba vida a un Colegio Militar para la formación de los mandos militares.

Al respecto, el historiador Luis Robalino Dávila (Orígenes del Ecuador de Hoy), escribe: “Va a establecerse el Colegio Militar. Ha examinado (Rocafuerte), el reglamento de la Academia chilena y lo pondrá en práctica dentro de un mes; visita algunos locales para escoger el más apropiado, donde puede recibir 20 o 21 aspirantes...”



En julio de 1839, después de un exigente proceso de selección, fueron aceptados los primeros 16 cadetes del curso de oficiales que funcionaría en el flamante Colegio Militar. El referido instituto militar fue clausurado temporalmente por José Félix Valdivieso, último Presidente de la Convención y Encargado del Poder Ejecutivo, mediante decreto cuyo artículo 1 especifica: “Se suspende el colegio militar mientras duren las actuales circunstancias y se restablece el orden de la República... artículo 3.- Los alumnos que voluntariamente quieran continuar en la carrera de las armas, serán destinados en la clase de aspirantes a los cuerpos del ejército”. (Gaceta del Ecuador N° 587, recopilación de Hernán Andrade y Amilcar Tapia en “Documentos para la historia de la Escuela Militar, 1830-1930”).

Los tres lustros que duró la “dominación floreana” culminarían el 6 de marzo de 1845, después del sangriento combate en la hacienda “La Elvira” con resultado adverso para el general Flores, derrota que consolidó el entonces coronel José María Urbina, gobernador de Manabí, quien acudió presuroso con su ejército a la ciudad de Guayaquil, listo a intervenir en la contienda si hubiese sido necesario.

Justamente el general Urbina, ya como presidente de la República del Ecuador, fue uno de los líderes que prevaleció en el denominado período marcista. Sin embargo, durante estos años se advirtió en el ejército una división generalizada: sus miembros combatían subordinados a los jefes que pretendían, por separado, afianzar su poder político-militar.

Al general Urbina le sucedió el general Francisco Robles, quien tuvo que enfrentar el bloqueo naval de Guayaquil, por parte

del presidente peruano Ramón Castilla, y la tenaz y persistente oposición política en la que se incluía un joven, temperamental y fogoso político ecuatoriano, el doctor Gabriel García Moreno, quien al incursionar en el campo militar consiguió, en alianza con otros líderes políticos y con un general Flores, muy diferente al personaje arbitrario que prevaleció durante el período de 1830 - 1845, expulsar definitivamente a las tropas peruanas.

La dictadura del general Ignacio de Veintemilla generó nuevamente escisiones y confrontaciones entre fracciones del ejército que respaldaban al defenestrado presidente Antonio Borrero y al general Veintemilla. Los triunfos en los combates de Los Molinos y de Galte, los dos coincidentemente desarrollados el 14 de diciembre de 1876, consolidaron en el poder al general Veintemilla, en cuyo período apareció años después, la figura gravitante de una heroína ecuatoriana: Marieta de Veintemilla, importante brazo armado de su tío en peligro inminente de ser defenestrado, como definitivamente sucedió.

El advenimiento de la revolución alfarista significó para el ejército transitar por dos escenarios definidos: la elevación del nivel de profesionalismo a través de las diferentes escuelas de armas y servicios, creadas por la primera misión militar chilena, y por los impredecibles vaivenes políticos que involucraban continuos enfrentamientos armados entre diferentes unidades militares, lo que creaba desafecciones personales y evidentes fisuramientos de la disciplina institucional.

Durante el período presidencial de Eloy Alfaro hubo, otra vez, el amago de invasión

del Perú a territorio ecuatoriano. El mismo general encargó el poder a Dn. Abelardo Moncayo y se puso al frente del ejército dispuesto a repeler la invasión. La decisión radical de defender el suelo patrio por parte del ejército ecuatoriano, al que se sumaban diariamente centenares de voluntarios, y la actitud varonil del pueblo ecuatoriano, hicieron desistir al Perú de su afiebrada intención bélica en contra de su vecino.

Para impulsar el profesionalismo del ejército fue contratada una misión militar chilena, la que impulsó importantes recomendaciones, proyectos y leyes institucionales, inclusive la creación de la Academia de Guerra, que no llegó a funcionar por la penuria del erario, y los constantes problemas internos en que se debatía el país.

El desconocimiento del orden constituido por parte del coronel Carlos Concha Torres, produjo el enfrentamiento de dos modalidades de combate: el convencional o tradicional y el combate irregular. El terreno montañoso, cenagoso y hostil de la provincia de Esmeraldas constituyó la tumba de centenares de oficiales y soldados que lucharon y murieron valientemente en estricto cumplimiento del deber, de su ideología y convicciones profesionales.

La presencia de la misión militar italiana a partir de 1922, inyectó nuevos adelantos tecnológicos y docentes al ejército nacional. Creó e impulsó el funcionamiento de la Academia de Guerra y de la Escuela de Ingenieros y de Aviación Militar, además de escuelas de formación y perfeccionamiento de oficiales, clases y soldados de nuestra institución.

El nueve de julio de 1925, jóvenes oficiales idealistas desconocieron al gobierno del

presidente Gonzalo Córdova, y establecieron de inmediato las juntas militares de Quito y de Guayaquil, las que debían designar a la Junta de Gobierno Provisional para que dirigiese los destinos del país.

Fueron varias las transformaciones políticas, sociales, económicas, educativas y militares que tuvieron su origen en la “Revolución Juliana”, mentalizada y ejecutada por una clase militar cansada de un sistema de gobernar caduco, inefectivo e inmoral.

La moralización del país, el mejoramiento del nivel de vida de las clases sociales más necesitadas y el ordenamiento del sistema económico, constaban dentro del programa de su gobierno.

La revolución “de los oficiales jóvenes” tuvo el respaldo mayoritario de la ciudadanía: sectores políticos no contaminados ofrecieron su contingente; los gremios de trabajadores, obreros, campesinos y los diferentes estratos sociales del país aguardaban esperanzados el accionar gubernamental; inclusive, organizaciones universitarias aprobaron el mensaje y la filosofía de la revolución.

Desafortunadamente a este período de superación profesional sucedió otro sombrío y malhadado: la “Guerra del Golfo de Guayaquil” y la de los “Cuatro días”, los combates de Tapi, de las “Cuatro horas” y las fallidas reuniones del Ecuador y el Perú en Washington, con el propósito de encontrar una solución definitiva a los problemas limítrofes fronterizos.

Pero también en medio de aquel ambiente desalentador, surgió la figura de un militar de brillante perfil profesional y de plausible criterio social: el general Gil Alberto Enríquez Gallo. Este dictador progresista, durante su gestión administrativa impulsó

obras sociales de vital importancia. Según el historiador Eduardo Muñoz Borrero (En el palacio de Carondelet), “Cualquier equivocación o defecto se opaca ante la consideración de que durante su breve gobierno (octubre 1937-agosto 1938), se expidieron leyes sociales y culturales de gran trascendencia: Código del Trabajo, Código de Menores, Ley de Educación Primaria y Secundaria, Ley de Educación Superior, Ley Orgánica de Hogares de Previsión Social, destacándose la vigencia del Código del Trabajo, que fue promulgado en la Asamblea Constituyente por él convocada.

Conflictos armados con el Perú

La indefinición demarcatoria provocó, entre otras causas, la invasión peruana de 1941 en donde el ejército, a pesar de la evidente falta de recursos humanos y materiales, de la manifiesta desorganización y carencia de una doctrina de guerra de acuerdo con sus posibilidades intrínsecas, supo actuar encuadrado en los códigos y principios del sacrificio y el honor.

Después de realizar provocaciones premeditadas en la franja fronteriza, particularmente en la provincia de El Oro, el 5 de julio de 1941, tropas peruanas agredieron a una de nuestras patrullas que realizaban el control y recorridos normales, siendo contrarrestado el ataque, generalizándose el combate al ser agredidos los puestos militares fronterizos ecuatorianos (Huaquillas, Chacras, Balsalito, Guabillo, Carcabón y Quebrada Seca), sin que éstos cedieran posiciones. Al término del día se conformó la muerte de dos soldados ecuatorianos: David Quiroz Pozo y Francisco Coronel, además de varios heridos.

Al día siguiente los ataques peruanos se reiniciaron extendiendo su acción a otros puestos avanzados como Rancho Chico, Alto Matapalo y Corral Viejo; inclusive, Guabillo y Chacras sufrieron el bombardeo de la aviación peruana. Al término del día, un comunicado oficial del Ministerio de Defensa concluía: “En todo el frente las fuerzas ecuatorianas mantienen sus posiciones.”

En la madrugada del 23 de julio, se reiniciaban los ataques peruanos con fuego de artillería y morteros. El personal del puesto militar ecuatoriano de Alto Matapalo, luego de tenaz resistencia y abrumado por la superioridad numérica tuvo que replegarse a la montaña. Igualmente, Rancho Chico y Corral Viejo tuvieron que ceder ante el abrumador e intenso ataque peruano, que incluía medios aéreos y de artillería de montaña. Igual suerte corrieron otros destacamentos ecuatorianos que sufrieron la acción de bombardeo, ametrallamiento y concentración de fuego de la aviación, la artillería y morteros, previo a los ataques masivos de las fuerzas invasoras.

Los combates más intensos se desarrollaron los días 24 y 25 de julio en los sectores de Chacras y Quebrada Seca. Varios oficiales y personal de tropa se inmolaron valientemente en defensa de las fronteras patrias.

Asimismo, el teatro de operaciones de Loja se involucraba también en el conflicto. En la tarde del 25 de julio, las baterías de artillería peruanas, sin previo aviso, abrieron fuego sobre la población de Macará, las acciones se extendieron a destacamentos ecuatorianos del cordón fronterizo. Los ataques por tierra se reiniciaron el día 26. Los puestos avanzados de Progreso y Zapotillo fueron atacados posteriormente. Existieron bajas en las dos fuerzas contendientes.

El cese de hostilidades entra en vigencia a partir del día 24, pero lo acata solo el ejército ecuatoriano, situación que aprovecha el Perú para adentrarse en territorio nacional.

De acuerdo con el coronel Francisco Urrutia, Comandante Superior del Ejército, estas eran las novedades suscitadas hasta esa fecha: “Una faja de cinco kilómetros es lo que perdieron un mil cuatrocientos soldados ecuatorianos de infantería (artilleros e ingenieros combatieron como tales), desprovistos de aviación, en el ataque de quince mil personas de todas las armas. Provistos de abundante aviación guerrera, en desigual batalla sostenida en los días 23 al 26 de julio, inclusive.”

A pesar de estar en vigencia el cese de fuego, el Ejército peruano continuaba atacando a los puestos avanzados del Oriente. Los combates de Yaupi, Santiago, Tarqui, Rocafuerte, río Corrientes, Huachi y Cochabamba del Sihuin evidenciaron el pundonor, sacrificio y valentía del soldado ecuatoriano.

En definitiva, a pesar de todas las falencias doctrinarias, limitaciones en recursos humanos, de material y otros medios logísticos, las tropas ecuatorianas infligieron también varios reveses a las fuerzas invasoras, como en el combate de Cune o de Porotillo, acción victoriosa que impidió que parte del ejército peruano incursionara hacia Cuenca; y la audaz incursión de Panupali, que desalojó a los invasores de aquella estratégica posición. A estas acciones victoriosas debe añadirse la gloriosa acción de nuestra Marina de Guerra, en el combate naval de Jambelí, protagonizado por un grupo de tripulantes del cañonero “Calderón”. Los soldados que cayeron en los desventajosos combates: capitán Galo Molina; tenientes Carlos

Díaz, Edmundo Chiriboga; subtenientes Hugo Ortiz, Maximiliano Rodríguez y Gustavo Ledesma; sargento Rafael Grau; cabos Luis Minacho, Miguel Vaca y Gabriel Pozo; soldados David Narváez y José Monge, entre decenas de otros valientes compatriotas constituyen valioso testimonio del honor y dignidad del soldado ecuatoriano.

La debacle de la campaña de 1941, originó lamentables consecuencias: advino una inconcebible lucha armada interna que tuvo su epílogo final en la mal denominada “Revolución del 28 de mayo” del año de 1944. En aquella lamentable acción de armas, se enfrentaron dos instituciones hermanas del país; militares y carabineros que se trabaron, en Guayaquil, en sangriento combate. Días después, el 5 de junio, el Jefe Supremo de la República, José María Velasco Ibarra, firmaba el decreto que transformaba el Cuerpo de Carabineros en Policía Civil.

Identidad simbólica del Ejército Ecuatoriano

Toda institución organizada y con ascendencia tiene y venera símbolos emblemáticos que representan y exteriorizan su idiosincrasia, identidad y la filosofía de ser y de existir.

El escudo del ejército fue sugerido y después creado por el Tcn. Marcos Gándara Enríquez y sus colaboradores del Departamento de Instrucción de la Comandancia General del Ejército, y oficializado mediante decreto ejecutivo 1866 del 29 de agosto de 1955, firmado por el presidente Velasco Ibarra y por el ministro de defensa, Pedro Menéndez Gilbert.



La bandera se oficializó mediante decreto firmado el 3 de febrero de 1965, por los miembros de la Junta Militar de Gobierno presidida por el contralmirante Ramón Castro Jijón e integrada por los generales Luis Cabrera Sevilla, Marcos Gándara Enríquez y el coronel de aviación Guillermo Freire Posso. En el artículo segundo se determinaba las dimensiones, el color, el cordón tricolor y características del paño.

La letra del primer himno fue escrita por el general Bolívar López Hermann, oficializada mediante orden de comando publicada en la orden general del 14 de marzo de 1977. Por la dinámica evolución de nuestro ejército, el texto del himno lució desactualizado por lo que, once años después, su letra y música fueron derogadas y de inmediato, mediante orden de comando publicada el 26 de febrero de 1988, se oficializaba la letra del himno escrita por el Tcrn. Edison Macías Núñez y la música compuesta por el maestro Edgar Palacios. En el año 2008, el Comandante del Ejército, general Luis Ernesto González, dispuso que el autor de la letra del himno, introdujera modificaciones para que en alguna estrofa resaltase la gesta del Cenepa. El autor introdujo en efecto las modificaciones requeridas para que la letra quedase actualizada, sin necesidad de cambiar la música.

En la Cordillera del Cóndor

Una nueva aventura bélica ensayaba el Perú, cuando bombardeaba a partir del 22 de enero de 1981, los puestos militares ecuatorianos de Paquisha, Mayaicu y Machinaza, ubicados en la cordillera del Cóndor.

Como antecedente, en 1978 se produjeron varios incidentes que alteraron la paz de Ecuador y Perú.

El 10 de enero de ese año en el sector de Machumarentza (jurisdicción de Huasaga), se producía un incidente entre una patrulla peruana del puesto de vigilancia “Capitán Bezada” y una patrulla ecuatoriana de un puesto avanzado de la compañía de Taisaha, produciéndose la muerte de un soldado sureño.

El 17 del mismo mes, en la cordillera del Cóndor, se producía un intercambio de fuego entre una patrulla ecuatoriana y personal peruano que la emboscó. La patrulla emboscada, luego de contestar la agresión, se replegó hacia el puesto militar “Mirador”. Ante esta situación, el comandante de la Brigada “Loja”, general Luis Fernando Espinoza, designó una comisión de oficiales para que viajase al destacamento “Mirador” y verificara las novedades. El helicóptero que transportaba a la comisión fue recibido con disparos de soldados peruanos que ocupaban un bohío, razón por la cual el Tcrn. Belarmino Castro que presidía la comisión, organizó en el “Mirador” una patrulla para determinar la ubicación y las actividades de los soldados peruanos que ocupaban el bohío. El día 19 los dos grupos armados se trabaron en combate, Para evitar se agravara la situación se convino en que el viernes 20 el jefe del Estado Mayor de la Brigada “Loja”, coronel Jorge Orbe Rengifo, con su similar de la V Región Militar de Iquitos, coronel Roberto Noé Morales, se reunieran para tratar el problema. Ventajosamente, las comisiones que presidían estos dos jefes, lograron restablecer la normalidad en aquel sector fronterizo. Para asegurar la paz los dos países concordaron se realicen reuniones entre delegaciones militares del

más alto nivel, en Huaquillas, Santa Rosa y Aguas Verdes. Al frente de la delegación ecuatoriana estaba el general Raúl Cabrera Sevilla, mientras que el general Pedro Ritcher Prada presidía la delegación peruana.

No obstante, tres años después, el 22 de enero de 1981, personal militar y civil que trabajaba en la construcción del campamento de Paquisha, fue ametrallado por un helicóptero peruano que llegó intempestivamente para agredirlos. El teniente Víctor Valencia, piloto del Servicio Aéreo del Ejército, que había, minutos antes, aterrizado con su helicóptero en el campamento, resultó gravemente herido.

La acción agresiva y arbitraria provocó el correspondiente reclamo diplomático del Ecuador y el refuerzo inmediato de los puestos militares de Paquisha, Mayaicu y Machinaza, ubicados en la cordillera del Cóndor.

El gobierno peruano dispuso la movilización de tropas y unidades aéreas, especialmente helicópteros MI-8 y MI-6, así como los Bell 212 debidamente artillados y con dotación de cohetes.

El 28 de enero, el puesto militar de Paquisha fue bombardeado y ametrallado por helicópteros peruanos que tenían la protección de dos aviones caza bombarderos que sobrevolaban a considerable altura, mientras los soldados ecuatorianos se defendían dispersándose en la selva aledaña y disparando sus armas de dotación, apoyados por una ametralladora múltiple de 50 mm. Aproximadamente a las 17:30 cayó una bomba cerca de la ametralladora, causando la muerte del conscripto Segundo Nicanor Quiroz y heridas en el conscripto Suárez. Cuando en la noche se agrupó el personal de Paquisha, se estableció la ausencia del aspirante a soldado Daniel de Jesús Martínez, comprobándose posteriormente su fallecimiento. Al día siguiente los bombardeos fueron más

intensos y persistentes, aunque este accionar devastador no logró desalojar a los soldados ecuatorianos, como reconoce el teniente coronel peruano Teodoro Hidalgo, en su obra “El conflicto de la Cordillera del Cóndor”: “Se había tratado de conquistar el P.V.- 22 (se refiere a Paquisha), durante dos días mediante formas de acción convencionales, sin lograrlo, lo que producía una frustración muy grande en todos los niveles del mando, particularmente en la Quinta Región Militar”.

El 30 de enero el mando peruano puso en ejecución el siguiente plan: ablandamiento por medio de helicópteros artillados y aviones Mirage, luego la acción de helicópteros con elementos del escalón de asalto, para intentar una operación helitransportada sobre el objetivo final: Paquisha.

Los puestos militares de Mayaicu y Machinaza sufrieron también la acción de bombardeos, lo que obligó a que el personal se dispersara en la selva.

El 4 de febrero el Agrupamiento Táctico “Cóndor”, comandado por el Tcrn. Carlomagno Andrade, reemplazaba al Comando de Selva “Zamora”, al mando del Tcrn. Miguel Zaldumbide.

El 19 de febrero, mientras tres helicópteros peruanos bombardeaban Machinaza, uno de ellos fue impactado por el fuego de soldados ecuatorianos, causando la muerte del copiloto, teniente Julio Ponce Antúnez, e hiriendo a 3 oficiales y 8 del personal de tropa.

La acción de los países amigos (garantes del Protocolo de Río de Janeiro), y la perseverancia de la diplomacia ecuatoriana, hizo posible el cese de hostilidades y la conformación de comisiones militares presididas por el Valm. Raúl Sorroza por el Ecuador, y el Valm. Jorge Du Bois por el Perú, las que lograron finalmente la implantación de la paz.